

DERRIBO DE LAS MURALLAS DE PAMPLONA

POR fin se ven satisfechos los naturales anhelos de los nobles pamploneses. La pétreo cintura que ahogaba sus ansias de expansión derrúmbase al golpe implacable de la piqueta salvadora. Aspiración antigua la de los hijos de la heroica Iruña, cuantas veces un rayo de esperanza alimentara sus ardientes deseos, otras tantas veíanse abrumados por fatal y enervador desencanto. La ola del pesimismo dominaba a este respecto en la hidalga capital de Navarra. De tal suerte que las Reales Ordenes y disposiciones superiores no tenían virtualidad suficiente para romper la densa y consistente capa de hielo de la pública indiferencia. Las autoridades locales han tenido que recurrir a públicos regocijos para provocar en el pueblo conatos de entusiasmo. Todo inútil. Sólo al contemplar los efectos de la dinamita saltando en pedazos los seculares muros de un baluarte, se convencieron los pamploneses de que esta vez eran ciertos los anuncios, y el derribo de las murallas una satisfactoria realidad.

El fausto acontecimiento se verificó el 25 del corriente mes de Julio, festividad del Apóstol Santiago. Desde la mañana todos los balcones de la ciudad aparecían engalanados con vistosas colgaduras, y la comparsa de gigantes y cabezudos, indispensable en todas las expansiones pamplonesas, alegraba las calles, produciendo los kilikís con sus inofensivos zambombazos estrepitosa algarabía en la grey infantil.

A la una y media se celebró en el saloncillo de la Casa Consistorial el banquete oficial con que el Ayuntamiento obsequió a las autoridades. Inició los brindis el alcalde, Sr. Gaztelu, y le siguieron con elocuentes, briosos y entusiastas discursos el General Salcedo, el señor

Sánchez Marco, diputado a Cortes por Pamplona, el señor Obispo de la Diócesis, el diputado Sr. Uranga, el Gobernador Civil, el senador señor Vizconde de Val de Erro, el Sr. Beunza y los exalcaldes Sres. Irujo y Arvizu.

Terminado el banquete, todos los invitados se dirigieron a la Plaza de Toros, donde se celebró una función de circo, organizada por el Excmo. Ayuntamiento en obsequio del pueblo.

Al final de dicha fiesta, autoridades e invitados se trasladaron a una tribuna instalada al efecto en un lugar de las fortificaciones, inmediato a la Plaza de Toros.

El puente próximo al portal de San Nicolás, los glacis de la Media Luna, los fosos, las mismas murallas aparecían invadidas por inmenso público en que estaban representadas todas las clases sociales de Pamplona.

Pronunció el señor Alcalde un entusiasta discurso coreado por los aplausos del público, dirigió breves frases el General Salcedo en nombre del Ministro de la Guerra, y acto seguido el Alcalde, Sr. Gaztelu, prendió fuego a una traca de pólvora que llegaba hasta un cartucho de dinamita colocado bajo el baluartito señalado para este efecto.

Sonó un fuerte estampido y varias piedras fueron lanzadas a gran distancia, mientras se levantaba una grande y densa nube de polvo. Entonces el entusiasmo del público no tuvo límites, vivas y aclamaciones ensordecedoras interrumpieron con imponente bullicio la solemnidad de aquel acto, que marca un momento histórico en el futuro progreso de la vieja Iruña. Entonces fué cuando los nobles habitantes de la hidalga Pamplona, se convencieron de que era un hecho el ansiado derribo de las murallas y desde ese momento fué indescriptible el alborozo público.

Como complemento del acto, se derribó con palancas una garita situada al exterior, cayendo pesadamente al foso, mientras los gritos de entusiasmo y las incesantes aclamaciones del público celebraban ruidosamente tan fausto y anhelado suceso.

A continuación el Ilmo. Obispo de la Diócesis pronunció un elocuentísimo discurso en que aludiendo al derribo de las murallas, desarrolló los temas de la moral, la higiene y la paz.

Terminada la ceremonia, dispúsose el regreso de las autoridades, a las que acompañó todo el público, preso ya de indescriptible entusiasmo. El desfile tomó los caracteres de triunfal procesión cívica, confun-

diéndose los acordes de la banda militar y de gaiteros, con los gritos delirantes lanzados por la muchedumbre. Los indispensables gigantes y cabezudos imprimían el sello local a la alborozada comitiva.

A su llegada, las autoridades, a instancias del público, se vieron precisadas a salir al balcón de la Casa Consistorial. El entusiasmo público continuaba en aumento y manifestóse bulliciosamente sin que decayera un solo momento, lo mismo a la tarde que al celebrarse por la noche con fuegos artificiales, música e iluminación en la Plaza del Castillo.

Pamplona está de enhorabuena. Se han cumplido sus anhelos de siempre, abriéndose con el derribo de las murallas una nueva era de prosperidad y engrandecimiento.

V. IÑIGUEZ

(Continuara.)

